

MÉDICO DE MÉDICOS



PROF. DR. CARLOS FERNANDO GATTI
EX-PRESIDENTE CILAD

El tratamiento de las enfermedades que podemos padecer los médicos, como cualquier mortal, es en muchas ocasiones, penoso. Algunas veces la culpa es del propio médico, por postergación de la consulta, no reconocer sus primeros síntomas, no concederles importancia, o, de pronto, el temor a conocer la verdad, al atribuirle, equivocadamente o no, una gravedad exagerada.

El médico se diferencia de otros enfermos en que tiende a la propensión a automedicarse interpretando literalmente a San Lucas: *Médico, curate a ti mismo (4:23)*.

Si el médico es al mismo tiempo enfermo, puede evaluar su propia enfermedad con una subjetividad que quizás desencadene resultados inciertos.

No es raro la transformación de la consulta en un intercambio de opiniones científicas, que aún con una interpretación similar, puede hacer olvidar que uno está bajo la presión de la temor

e incertidumbre, y el otro bajo un peso de la misma índole, y no en condiciones óptimas para ejercer el sutil arte médico.

Muchos ejemplos al respecto pueden ilustrar estas líneas. De hecho en mi propia familia un destacado neumólogo, profesor sobresaliente, fallece de un melanoma metastásico por jamás haber hecho la consulta de una lesión pigmentada y sangrante en cuero cabelludo, que interpretaba sistemáticamente como una infección recurrente. Está el recuerdo de otro colega con una úlcera gastroduodenal, que luego de varios tratamientos y rechazando la solución quirúrgica, se curaba con Demerol, invocando que el dolor era la causa de su úlcera reincidente, y no su consecuencia.

La historia de la medicina, está llena, por otra parte, de cirujanos que se operaron a si mismos con resultados de lo mas increíbles y en ocasiones trágicos.

Lo precedentemente resumido, proporciona una idea acerca de reacciones posibles en los médicos como enfermos. Tanto en lo trivial, como en lo potencialmente mortal, con infundado optimismo o pesimismo, desconfianza en los análisis o medicamentos, o al revés, inclinación exagerada hacia ellos y obstáculos psico-emocionales para interpretar su propia enfermedad. Además, y sin estar debidamente cuantificados, son sabidos la elevada proporción de deserción de tratamientos.

El médico, más que cualquier otro enfermo, está expuesto a perder la confianza en quien lo trata. Queda así despojado de la llamada por W. Osler, la fé que cura, al margen de los recursos terapéuticos.

Existe el médico de niños, el médico de señoras, pero no existe el médico de médicos. Probablemente sea una especialidad que no vaya a existir nunca, pero entretanto, ninguno de nosotros debería olvidarla.